

CICLO B
TIEMPO ORDINARIO
XX DOMINGO

Durante varios domingos Jesús nos ha hablado del Pan de Vida. El Evangelio de hoy es la conclusión y culminación del largo discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, después de la multiplicación milagrosa de los cinco panes y los dos peces, con los que habían comido miles de personas.

Hoy Cristo nos dice claramente: Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo; la carne y la sangre del Hijo del hombre son verdadera comida y verdadera bebida de vida eterna. "El que come este pan vivirá para siempre", concluye el Evangelio. No se trata de un signo o representación del cuerpo y de la sangre del Señor. En la eucaristía el pan ya no es pan, el vino ya no es vino. Son el cuerpo y la sangre de Cristo, verdadera, real y sustancialmente presentes.

Hay que destacar el realismo de las palabras de Jesús. "Porque no es carne de un mero hombre, sino de Dios, quien deseando hacer al hombre divino, como que lo embriaga en su divinidad" (Teofilacto). Dios está aquí. En uno de sus sermones decía San Agustín: "¿Quién, sino Cristo, es el pan del cielo? Pero para que el hombre pudiera comer el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre. Si no se hubiera hecho hombre, no tendríamos su cuerpo; y si no tuviéramos su cuerpo, no comeríamos el pan del altar".

Cristo nos revela el significado profundo del milagro que había realizado: Dios envía no el maná, sino a su propio Hijo, que es el verdadero Pan de Vida. "Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16). Este pan es su carne, su sangre, su vida, todo su ser, ofrecidos por nuestra salvación. Los panes repartidos a aquellos miles de personas anunciaban su amor hasta el extremo, puesto de manifiesto en la cruz: en ella Cristo se convierte en el verdadero Pan (es su cuerpo entregado) y en verdadera bebida (su sangre derramada).

En la primera lectura se anunciaba ya un banquete de pan y vino, que será memorial perpetuo del amor de Cristo hasta la muerte. Es Cristo mismo en persona, presente bajo las especies de pan y de vino. Sólo la fe nos capacita para descubrir en el pan eucarístico la presencia de Cristo. "Por eso Jesús instituirá en la última Cena el sacramento de la Eucaristía: para que sus discípulos puedan tener en sí mismos su caridad —esto es decisivo— y, como un único cuerpo unido a él, prolongar en el mundo su misterio de salvación" (Benedicto XVI). La Eucaristía no es un mero rito ni una costumbre. Su carne, que es su vida, su obra, su persona; y su sangre, que es su amor total, su entrega hasta la muerte.

Comer este pan con fe produce en nosotros la vida eterna, que no se alcanza sólo después de la muerte. Ahora entramos en comunión con la persona de Jesús nuestro contemporáneo. El que participa en la Eucaristía asimila a Cristo mismo: "El que me come vivirá por mí". No sólo nosotros asimilamos a Cristo resucitado y

glorioso. Es Cristo quien nos asimila a Él. "La participación del cuerpo y de la sangre de Cristo no hace sino transformarnos en aquello que asumimos; y llevamos por completo así en la carne como en el espíritu, a Aquel mismo, en el cual hemos muerto y hemos sido sepultados y resucitados" (San León Magno). Cristo nos transforma, uniéndonos a Él, atrayéndonos hacia Él mismo.

"El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él". Somos hechos partícipes de la vida divina. La eucaristía es ya un adelanto real y verdadero de la vida eterna. "Cristo es nuestra comida. El alma se llena de gracia y se nos da la penda de la vida futura", cantamos en las antífonas de la fiesta del Corpus.

MARIANO ESTEBAN CARO